

LA FAMILIA VINO
DEL NORTE

DE HISTORIAS ENTRECruzADAS

Por Perla Schwartz

Dos historias se entrecruzan en la novela más reciente de Silvia Molina: la de Dorotea, muchacha contemporánea que gusta tomar café en el Parnaso, que se emociona con la relación de Manuel, un periodista maduro, a la búsqueda de su identidad personal y la de Teodoro Leyva, su abuelo, general de la Revolución Mexicana, quien no figura en los libros de historia, no obstante que fue el brazo derecho del general Benjamín Hill y gente cercana del general Francisco Serrano.

A pesar que el lenguaje es sencillo y directo y el transcurrir de la narración es lineal, Silvia Molina maneja en su tercer novela con buen conocimiento de las posibilidades de su oficio literario, un relato que resulta emocionante al lector, porque de un lado son rescatados episodios de la Revolución Mexicana, sobre todo de la Posrevolución, que se dio a finales de la década de los 20's y que a través de la distancia de los años pueden ser entendidos con mayor claridad y coherencia y por otra parte nos situamos en la evolución íntima de una Dorotea, de una familia tradicional y provinciana, léase "chapada a la antigua", que a través del descubrimiento y el enigma de su abuelo Teodoro Leyva quiere afianzar sus raíces, para después poder llegar a ser ella misma.

Para tal efecto toma la decisión de independizarse, e irse a vivir sola a un micródepartamento de Mixcoac, además de darse la oportunidad de vivir una historia de amor con Manuel que termina en el desencanto y la traición; éste se le adelanta en dar su versión del General Leyva.

También está presente esa Dorotea ávida de lecturas que la vayan reafirmando, como es el caso de la mención de la escritora antillano-inglesa Jean Rhys: "Veía en la Rhys un modelo de mujer auténtica. Me parecía como si hubiera vivido cien años adelante de nosotros, las mujeres mexicanas. Sus preocupaciones, sus problemas, en nada

tenían que ver con nuestra vida doméstica, con la familia, con la pareja a nuestro modo. Ella hablaba de sí misma, sin piedad, sin miramientos".

Reflexión que de cierto modo también es indicativa de cómo Silvia Molina hace el manejo de personajes y situaciones en *La familia vino del norte*, esa necesidad de una escritura auténtica, desmitificadora de nuestro pasado y presente; no en vano Manuel forma parte de un nuevo proyecto periodístico y el arranque del mismo está lleno de obstáculos.

Otro punto a ser destacado es que Teodoro-Dorotea es un juego de palabras, a manera de un desdoblamiento de un mismo personaje, masculino y femenino, lo cual le da una fuerza especial a la habilidad narrativa de Molina; en la entrega de su novela más madura, le anteceden: *La mañana debe seguir gris* (1977), con un tono intimista y *Ascensión Tun* (1981) de carácter histórico, que en la presente entrega parecen fusionarse ambas búsquedas. Una vez más el entrecruzamiento.

La familia vino del norte cuenta con detalles especialmente poéticos como algunas descripciones de la vida cotidiana de Coyoacán, los encuentros en la biblioteca de Manuel, siempre con música clásica como fondo, o la reconstrucción de la casa de los abuelos.

Es una novela que se deja leer con fluidez. Como afirma Guillermo Samperio en la contraportada se puede leer en "dos o tres sesiones, sin que nos demos cuenta de la estructura rica en que nos vamos metiendo y que finalmente satisface nuestro espíritu." Sucede que Silvia Molina ya encontró su tono narrativo, preciso, quizás el definitivo. ♦

Silvia Molina, *La familia vino del norte*, Editorial Océano, México, 1987, 155 pp.

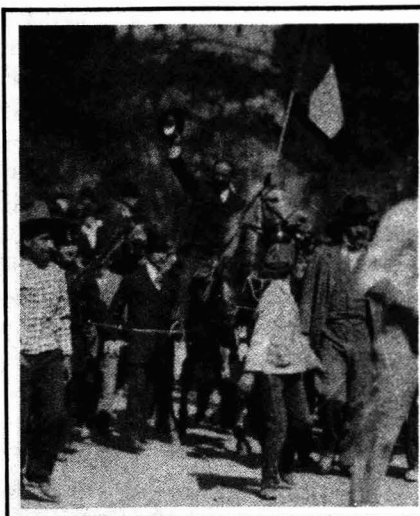
HISTORIAS DE AMOR

LAS TRAMPAS DE LA IDENTIDAD

Por Ruxandra Chisalita

No es fácil definir los discursos que intervienen en el libro de Julia Kristeva como tampoco lo es decir de qué modo se congregan para dar un texto que desborda la teoría literaria. En *Historias de amor* los registros se interfieren dando cabida a voces filosóficas, psicoanalíticas, semióticas, mitológico-clásicas, místico-eróticas, musicales, voces que se confiesan, voces poéticas. Ni es casual ni tampoco eludible que el tema de este libro —el discurso amoroso bajo el aspecto de su fuerza unificadora y ordenadora— se desarrolle en una sola voz. El amor es polifónico, es manifestación de tendencias permanentemente contradictorias: vaciarse de sí mismo para llenarse del otro, carencia que aspira a ser plenitud, espejo de sí para descubrir al otro y por medio de él volver otra vez a sí mismo, monólogo —encantamiento cuya expresión ideal se logra a dos voces. En sí el discurso amoroso no hace más que adecuarse al juego total que es el amor: lucha, movimiento, presencia divina encuentran en él su expresión. De manera que filosofía, poesía mística, voces bíblicas, literatura, confesión psicoanalítica son, según la selección y propuesta de Kristeva, los lenguajes propios de la teoría y la práctica del amor.

El libro ordena y describe la dinámica del ideal: el "yo" mítico, Narciso, se escinde en cuerpo y reflejo para perder su identidad desde el instante en que percibe su imagen. Su deseo es deseo inconsciente de sí mismo proyectado fuera del cuerpo para que la imagen propia se vuelva inalcanzable. El "yo" dividido ya no encontrará cabida en sí mismo sino que su camino será marcado por el absurdo: Narciso mirándose en el espejo se alejará de su imagen para siempre, no sólo para perderla en el agua sino también por hacer de ella imagen divina. El ideal que se conformará más allá del mito de Narciso se desenvolverá bajo la condición de la otredad humana y de su contraparte divina. El



deseo de reintegrar el "yo" inicial por medio de la posesión de un "otro" —humano o divino— es la vía absurda e imposible de pretender volver a sí mismo.

Tal será, pues, la historia y la evolución adonde se dirige el amor como procedimiento de conocimiento, acceso, reintegración. Narciso ha caído en la trampa de su propia enajenación: no queriéndose enamorar de otro/a para unirse de este modo con lo que de sí mismo reconociese en este otro/a, se divide en cuerpo e imagen irreconciliables. El estudio de Kristeva se ubica justamente en este espacio, pretendiendo puntualizar las instancias de este alejamiento, analizar el vacío primario de la pasión, locura y muerte y las entidades sucesoras que se esmeran en poblar —después del mito— toda una historia en la cual convergen literatura, religión, filosofía, psicoanálisis y en cuyos principios está la invención de un Dios amoroso que se entenderá como el reflejo aumentado y divinizado de Narciso y su salvación; es en este sentido que la voz de Santo Tomás estará recordando que sólo quien se ama a sí mismo es capaz de amar a Dios. El éxtasis, condición para conocer y amar a Dios es —al igual que la percepción del propio reflejo por Narciso— abandono, salida de sí mismo para proyectarse en el reflejo.

En todas las hipótesis planteadas por Kristeva (mito de Narciso, El Cantar de los Cantares, San Pablo, Bernardo de Claraval, la propuesta en tono precartesiano hecha por Santo Tomás) el amor es desmesura y su discurso encantado. El amor como erotismo y el amor como fe religiosa, amores cuya práctica es idéntica porque su objeto requiere de la misma violencia sentimental y discursiva, necesitan ambos de la verbalización literaturizada.

Si bien el libro incluye el registro de las transmutaciones de la identidad de Narciso y sus proyecciones religiosas, también son analizados ejemplos literarios y psicoanalíticos, ilustrándose por medio de ellos unos prototipos: Don Juan, Romeo y Julieta, los amores malditos de Baudelaire y Bataille, los amores en la visión de Stendhal; sobre todo en el caso de este último parece ser que el reflejo perdido se ha trasladado a un "más allá" político y a la vez a un "más acá" encubierto, de cuerpos prohibidos. Al comprender que sus proyecciones amorosas giran alrededor de la nada o de lo no nombrable, Narciso se ha convertido en Freud, asimilando también el lenguaje



Julia Kristeva

literario. Los prototipos ideales, divinos o malditos se repiten ad infinitum, deambulando por zonas de encantamiento siempre renovadas.

Destaca en el libro la importancia que ha sido asignada por siglos a la Virgen como objeto de fe y amor, sus respectivas transformaciones, la idea de maternidad que en el transcurso del tiempo ha marcado las representaciones y las actitudes hacia lo femenino, el propio discurso de la mujer. En relación a esto hay un bellísimo texto poético paralelo al desarrollo teórico y transpone el *Stabat Mater* de Pergolesi en una voz que reflexiona al mismo tiempo que vive el parto. Interesantes son también las consideraciones acerca de Don Juan, personaje que "glorifica el poder del hombre inesencial", el placer del propio derroche, para definirse como "reverso gozoso del cristianismo".

Y sin embargo, si el análisis de Kristeva se autopropones como aventura dentro de la otra aventura que es el amor, es decir, como lectura de angustioso recorrido de Narciso en busca de su reflejo, el libro finaliza en el encuentro con la propia figura de Narciso disminuida y desmitificada que además carece de tragedia. Cada vez más inseguro de cuál debía ser el objeto de su búsqueda, Narciso ha perdido su misma identidad al haber perdido su pecado placentero y destructor. Debajo de una multitud de signos y códigos impuestos por la civilización en movimiento, el objeto del deseo se identifica difícilmente. La incompreensión e inutilidad de su tra-

gedia propician la transformación de Narciso en Querubín y ... en E. T. Guillaume de Lorris y Jean de Meung han sido tal vez los últimos en atribuir a Narciso un reflejo maravilloso: la verdad, la rosa.

Entre la voluntad de amar y la pulsión de muerte, se desestabilizan los papeles del padre, de la madre, del otro; la identidad de Narciso, diluida en las inciertas figuras de quienes marcan sus afectos, ha perdido su fuerza: asexual, indefenso, preso en su infancia horrible y enternecedora, es el personaje del Extraterrestre. Las trampas sucesivas que resultaron de la desenfundada relativización de las figuras a lo largo del tiempo han distanciado cuerpo y reflejo, "yo" y "otro", hasta que el "yo" termina por desconocerse y por desconocer su mundo. Tal vez Narciso deba recuperar su energía solitaria y para salvarse devorar sus antecedentes hasta dar nuevamente con el mito; y, en vez de seguir siendo el blando E. T. dejar surgir al carnívoro Alien, para producir el renacimiento desde la flor amarilla junto a la eterna fuente y reanudar la contemplación, de vuelta de toda su historia y de todo su mito. ♦

UNA MUJER EN EL ARTE
MEXICANO. MEMORIAS
DE INÉS AMOR

LOS JUEVES CON DOÑA INÉS

Por Santiago Espinosa
de los Monteros

En el número 433 correspondiente a febrero de 1987, escribí en este mismo espacio un comentario a raíz del artículo que reseñaba la aparición del libro de Delmari Romero Keith, lo siguiente: "...durante más de un año consecutivo, jueves a jueves, Teresa del Conde y Jorge Alberto Manrique comieron con Inés Amor y la entrevistaron entre bocado y bocado, logrando con esto reunir un material importantísimo que sería algo así como el discurso de Inés Amor. Este material, dada su extensión y com-